

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
BIBLIOTECA SELECTA DE CLÁSICOS ESPAÑOLES

VIDA Y HECHOS DE PÍO V

DE

ANTONIO DE FUENMAYOR

EDICIÓN Y PRÓLOGO

DE

LORENZO RIBER

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID
ALDUS, S. A. • ARTES GRÁFICAS
1953

LA VIDA DE PÍO V, escrita por don Antonio de Fuenmayor, no pertenece al género hagiográfico, como a primera vista pudiera parecer a quien tomara en cuenta que el nombre del protagonista está inscrito en el Catálogo de los Santos, y, como tal, tiene culto de dulía, con su misa de Confesor Pontífice y su oficio en el Breviario Romano. No es, por ende, hagiografía al estilo de la *Legenda aurea ad modum Iacobi de Voragine*, donde estos seres de excepción que son los santos, aparecen traslúcidos, deshumanizados, con los atributos peculiares de su santidad, como en un ventanal catedralicio, arrobados, transfigurados, entre vapores de incienso. No; la obra de don Antonio de Fuenmayor es una sucinta y severa biografía, al gusto de *Cornelio Nepote*, si queréis. Es una vida que de un extremo a otro *hominem sapit*, sabe a hombre; de un hombre en su estatura natural, que vive y actúa entre hombres; si bien movido por uno de aquellos *spiritus heroicos*, que, como dijo un oráculo antiguo, en señalados periodos de tiempo bajan al mundo, como enviados de las estrellas: *Certis temporum vicibus heroicas ac divinas quasdam animas e caelo labi*.

«*Quien la vida de uno escribe—dice el autor—, profesa tratar de los sucesos varios y desiguales suyos, sin añadir grandeza ni referir sólo lo heroico.*» Esto dice refiriéndose a los principios de su vida, que culminó en el sumo pontifi-

cado, cuando Miguel Guislieri, que éste era su nombre, entrado inesperadamente en el palacio Vaticano, ponía orden en esta casa, la mayor de la cristiandad y señalaba los respectivos deberes a cada uno de los miembros de su familia papal. Pero cuando su horizonte se elevó y se ensanchó su perspectiva, el hijo del Bosco, aldea de ningún nombre, donde primero supo que es luz, vecina de Alejandría de la Palla, río oscuro, que ya desde los comienzos de su vida religiosa le valió, impuesto por el Padre Provincial, el apodo de Alejandrino con que se le conoció hasta el cardenato y la víspera de su elección en Sumo Pontífice, él, hijo de Paulo Guislieri, «que vivía de llevar trigo de los llanos del Milanés a las montañas del Gínovesado», supo ponerse a la altura de los tiempos. Nacido en siglo infelicitísimo, trajo a la urbe y al orbe un siglo mejor, y desde su atalaya soberana promovió y presidió «la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes ni esperan ver los venideros».

Nació don Antonio de Fuenmayor, a lo que parece, en un año incierto, poco más atrás del penúltimo tercio del siglo XVI, en un lugar de Castilla que llaman Ágreda. Fueron sus padres el doctor de Fuenmayor, del Real y Supremo Consejo de Castilla, y doña Beatriz de Pimentel, cuya alcurnia igualaba a la de su marido. Fué canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Palencia y arcediano de Campos. A la curiosa y agradecida posteridad no le dejó más rastro que esta su VIDA DE PÍO V, que este su borrón, como él la califica, y los fugaces trazos personales que da de sí mismo en su breve libro. No pueden dar cumplido gusto, confiesa, libros que a su autor desagradan. Éste, continúa, salió fuera de sazón. «El primer parto siempre es infeliz, lleno de fatiga y de peligro.» Pide al lector que le excuse y se duela de su salud y fuerzas tan flacas, «que más ha de un año no le per-

mite llegar a cuidados mayores». Suplica a quienes por este diseño le conocieren no juzguen al león por la uña; es obra de mocedad y de pocos días. No estuvo guardado bajo severas llaves todo el tiempo que Horacio señala para la enmienda de una obra; ni apenas tuvo oportunidad de enfriarse el ardor de la invención que exige Quintiliano para una meditada segunda lectura del libro que ya parece ajeno. Excúsase de que hable de negocios de Italia quien «de los lumbralles de España no ha sacado el primer pie». La obrita, así que él dió paz a la mano y alzó la péñola del papel, dejó de ser suya, pues en justicia pertenece a quien le dió información verídica de los sucesos narrados, que fué don Francisco de Reynoso, en cuya casa el autor se crió, abad y señor de Usillos y luego obispo de Córdoba, maestresala olim y camarero secreto de Pío V, y admitido en los más escondidos, menudos y trascendentes consejos de Su Santidad. La historia está escrita en estilo rápido y sentencioso, y que con pie ágil camina al fin, como el narrador de la conjuración de Catilina y el biógrafo de Julio Agrícola; nombré a Salustio y a Tácito. La huella de ambos es harto visible. Refiriéndola a una de tantas mujeres como tuvo Abenhumeya, adalid de la rebelión de las Alpujarras, a la cual no nombra, pero dice que era viuda noble y de buen talle, y «mujer que tañía un laúd y bailaba mejor que a honesta conviene», reproduce parte del retrato que Salustio ofrece de Sempronia, matrona romana, complicada en la criminosa aventura de Catilina: Docta psallere, saltare elegantius quam necesse est probae. Las pisadas de Tácito, no tan continuas como las de Salustio, asoman a lo último de la VIDA DE PÍO V, donde, como Tácito, al final de la biografía de su suegro, diseña la etopeya de Julio Agrícola, debelador de la Bretaña; don Antonio de Fuenmayor ofrece el retrato físico de su héroe:

«Era Pío bien dispuesto, enxuto de carnes, blanco, el rostro largo y flaco, los ojos azules, pequeños, vivos y hundidos; la boca metida adentro, la barba bien poblada de largas canas, la nariz corva, que dicen aguileña; la cabeza calva, más larga que ancha. Fué de memoria firme, que lo que una vez abrazara no lo perdía, y juntamente de entendimiento despierto. Era de complexión caliente y seca. Aprovechábase mejor de la mano zurda que de la derecha. Mañosísimo en ejercicios corporales y de manos. Solía texer, por no estar ocioso, unas muy pulidas escobas de palma con que barriá su aposento, aun siendo cardenal.»

Según todas las presunciones, don Antonio de Fuenmayor murió en la verdura de sus años. Dignus sane vir, cui vita longior... contigisset: varón digno en verdad de que le cupiera en suerte una edad más larga, diré con palabras de su modelo Salustio. Parece que en Palencia pasó la mayor parte de sus días; desde luego, escribió su obrita en Palencia. Al escribirla tenía harto frescas sus humanidades, que se denuncian, más que por la frecuencia de pedantescas y puntuales citas, por un grato y vago perfume lejano. Luchó victoriosamente con la métrica latina, y compuso en loor de su héroe un lindo epigrama en dísticos que dice así:

«Aquel mismo, Pío, que te hizo señor de la urbe, te dió también el señorío del orbe y la potestad de abrir las puertas eternas. Empuñas el cetro de las divinidades del infierno y del cielo. ¿Qué te falta aún? ¡El mar! Sé ya desde este momento dios del mar. Del piélago arrojaste al Tirano y a su armada impía. Ríndase el tercer reino al Júpiter de Roma!»

No sé hasta qué punto hubiera complacido al sucesor del pescador de Tiberiades que en vez de las llaves de los cielos le pusieran en las manos el tridente de Neptuno o el rayo de Júpiter; pero ello estaba en el gusto de la época.

VIDA Y HECHOS DE PIO V. PONTIFICE

Romano, diuida en seis libros; Con algunos
notables successos de la Christiandad del
tiempo de su Pontificado,

POR DON ANTONIO
De Fuenmayor.



CON PRIVILEGIO.

En Madrid, Por Luis Sanchez.

Año M. D. XCV.